

Las brechas del discurso.
Positivismo y reforma moral
en *El hombre mediocre*
de José Ingenieros
Roberto Luis Tortorella

Roberto Luis Tortorella.
Facultad de Humanidades,
Universidad Nacional de Mar del Plata.
Funes 3350, Mar del Plata, Argentina.
e-mail: rlthache@yahoo.com.ar

Resumen

Este artículo propone analizar con detenimiento *El hombre mediocre*, uno de los ensayos más influyentes en el ambiente intelectual argentino y latinoamericano de la segunda década del siglo XX. El propósito es aproximarse a la crisis del positivismo a través de un texto publicado en la instancia de apertura del régimen conservador, calibrando las resonancias que tal circunstancia produce en Ingenieros, a quien se ha considerado uno de los máximos exponentes del positivismo vernáculo. Se sostiene que la complejidad que trama el discurso ingenieriano en torno al Centenario radica en que, llegado cierto punto de su trayectoria vital e intelectual, su preocupación por el hombre moral abre su sistema a la reflexión filosófica y al desarrollo de tendencias que habían permanecido contenidas durante su etapa afecta a la investigación psiquiátrica y criminológica. Así, al lado de y en tensión con categorías propias de una psicología y una sociología en estrecha relación con conceptos extraídos del repertorio de la biología, se yerguen núcleos reluctantes a ser reducidos a los dictados de aquel paradigma: el hombre superior como sujeto activo y creativo, la noción de ideal o la imaginación.

Summary

This article intends to analyze in depth *El hombre mediocre*, one of the most influential essays in Argentine and Latin-American intellectual environments of the 20th century's second decade. The purpose is to come closer to the crisis of positivism through a text published near the end of the conservative regime, trying to judge how that circumstance affected Ingenieros, who has been regarded as one of the highest exponents of local positivism. The complexity that weaves Ingenieros's discourse to the Centennial time, at a certain point of his vital and intellectual course, lies in his concern on the moral man. This matter opens his system to philosophical reflection and to the development of tendencies refrained during his psychiatric and criminal research phase. Thus, together and in tension with notions originated in psychology and sociology nourished by concepts of biology, there arises reluctant components of that paradigm: the superior man as an active and creative individual, the notion of ideal and imagination.

«Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un ideal».

José Ingenieros, *El hombre mediocre*

INTRODUCCIÓN

José Ingenieros (1877-1925), una de las figuras más influyentes del mundo intelectual argentino de las primeras décadas del siglo XX, ha sido considerado hasta mediados de la década de 1980 como un positivista monolítico, sin fisuras.¹ Desde entonces, algunas obras han intentado dar cuenta de la permeabilidad del autor de *El hombre mediocre* (1913) a las influencias de matrices que han sido interpretadas no sólo como disímiles, sino también como rivales en una disputa en el campo simbólico por establecer una interpretación hegemónica de la realidad nacional.² Así, si bien no puede negarse que en la trayectoria intelectual de Ingenieros el influjo del positivismo ocupa un lugar preeminente y su discurso fue considerado el de mayor difusión dentro de esta corriente,³ no es menos cierto que en la empresa ingenieriana merecen atención sus sucesivos —cuando no coexistentes— afluentes culturales y filosóficos.⁴

Precisamente, en este trabajo nos proponemos penetrar en la complejidad del pensamiento de Ingenieros procediendo a la relectura de *El hombre mediocre*. Este ensayo, situado en un tramo de su biografía con cariz de crisis no sólo teórica sino también política, permite calibrar en la reflexión ingenieriana la manifestación de tradiciones de diverso cuño que fueron maduradas a lo largo de toda su trayectoria intelectual pero que se habían mantenido subterráneas, sobre todo durante el

¹ Una de las obras más representativas de la lectura clásica de Ingenieros es Ricaurte Soler, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

² Los trabajos a los que me refiero son, sobre todo, los de Oscar Terán, (fundamentalmente *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1996), pero también artículos de la compilación de Hugo Biagini, *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985.

³ Otros miembros destacados del positivismo argentino durante su apogeo (1880-1910) fueron José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, Agustín Álvarez, Florentino Ameghino y J. Alfredo Ferreira. Ver Oscar Terán, *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987; y, del mismo autor: «El pensamiento finisecular», en: Mirta Zaida Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, (Colección Nueva His-

toria Argentina, t. VI), Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

⁴ Sin ánimo de ser exhaustivo, se puede ofrecer un listado tentativo de las lecturas más influyentes en la labor de Ingenieros, que van desde Sarmiento, Darwin, Spencer, Tarde, Lombroso, Charcot, Ferri, Nordau, Loria, Turati, los socialistas utópicos y Ramos Mejía, hasta Ibsen, Nietzsche, Stirner, Darío, Rodó, Emerson, Lenin, Trotsky y Lunatcharsky. Sin embargo, poco leyó a Marx y Engels. Ver Sergio Bagú, *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires, Claridad, 1936; también, del mismo autor: *Vida de José Ingenieros*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963 (de las dos biografías de Bagú, esta última es la citada a lo largo del presente artículo); Néstor Kohan, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos, 2000; Félix Luna, *José Ingenieros*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

primer decenio del siglo XX. Por otra parte, también pueden verse en sus páginas –de gran resonancia entre amplias franjas de jóvenes e intelectuales latinoamericanos en los años siguientes a su publicación– síntomas del desgaste que el positivismo sufría hacia 1910 como canon interpretativo, al par que un intento de intervención en el debate sobre una sociedad en proceso de cambio.⁵

En una primera aproximación a la sistematización del pensamiento ingenieriano pueden proponerse tres etapas: 1) la del joven socialista y aun social-anarquista de prosa modernista (1895-1898);⁶ 2) la del Ingenieros «clásico», cultor de una sociología científica y medicalizada de tono reformista, devenido prontamente especialista en la investigación psiquiátrica y criminológica (1898-1911);⁷ y 3) la del filósofo constructor de la «metafísica de la experiencia» e impulsor de la Revolución Rusa de 1917, la Reforma Universitaria de 1918 y el antiimperialismo latinoamericano (1911-1925).⁸

Sin embargo, esta periodización de la vida intelectual de Ingenieros acaso aclara tanto como oculta, en buena medida porque –como se verá luego en el análisis de *El hombre mediocre*– la inclinación básica de cada una de las fases está contaminada por estratos subterráneos que se manifiestan en trasvasamientos entre matrices diversas, cruces de influencias, intentos de edificar puentes que unan continentes de pensamiento usualmente divergentes y tensiones e incomodidades derivadas de tales circunstancias, todo lo cual se refleja en los productos de su trabajo.⁹ En

⁵ Luis Alejandro Rossi, «Los primeros años de la Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina», en: *Entre pasados*, N° 12, Buenos Aires, 1997.

⁶ En este período, quizá el menos profundizado de su producción, Ingenieros completa su formación farmacéutica (1897) y continúa con su carrera médica (en la que se gradúa hacia 1900), al tiempo que se constituye en cofundador del Partido Socialista (1895), en rebeldía contra las tesis del reformismo justista. Para una aproximación a estos años, ver las obras citadas de Bagó, Luna y Terán.

⁷ Además de la bibliografía referida en la nota 4, para analizar más de cerca los trabajos de esta etapa pueden verse los artículos introductorios de los tomos I y II de sus *Obras Completas* (Buenos Aires, Mar Océano, 1961-1962), o el artículo de Ricardo Salvatore, «Criminología positivista, reforma de prisiones y la cuestión social/obrero en Argentina», en: Juan Suriano (comp.), *La Cuestión Social en Argentina (1870-1943)*, Buenos Aires, La Colmena, 2000.

⁸ La periodización básica corresponde a Héctor Agosti, uno de los varios biógrafos de Ingenieros, referida por Kohan, op. cit.,

pp. 29-30. Sin embargo, aquí se juzgó necesario complejizarla a efectos de dar una impresión más acabada de la producción ingenieriana.

⁹ Si bien estas páginas se ocupan de una obra que se ubica en el tránsito de las que, a fines prácticos, designamos como la segunda y la tercera etapas de la labor de Ingenieros, resultaría de interés profundizar en las críticas moralizantes al capitalismo de sus primeros escauceos intelectuales y la pervivencia –desde otro escorzo– de tales preocupaciones en sus años más acendradamente positivistas (en los que, mientras mantiene vínculos con el grupo modernista –iniciados a través de sus órganos oficiosos *El Mercurio de América* y *Atlántida* y de la peña literaria *La Syringa*– y se desafilía del Partido Socialista –1902–, ejerce la psicopatología y la sociología para centrar sugestivamente su atención en las conductas «desviadas» del loco y del delincuente y para observar el fenómeno de las multitudes). Asimismo, se verá cómo ciertas nociones evolucionistas, darwinianas, deterministas y aun racistas permanecen arduamente supérstitas, aunque progresivamente diluidas, en el último período de su producción.

particular, en *El hombre mediocre* se encuentran tanto fuertes marcas positivistas como una reapertura –nunca abandonada luego– hacia motivos, nociones y giros estilísticos que, habiendo permanecido en relativa sordina durante los años de investigación criminológica, manifiestan ahora todas sus consecuencias al penetrar Ingenieros en la producción filosófica. De allí la relevancia de esta obra para acceder no sólo a las transformaciones, sino también a las complejidades y tensiones de la reflexión ingenieriana.

Estas apreciaciones parecen convalidar la caracterización que Damis hace de Ingenieros como un pensador de transición, y cito: «... (Ingenieros) afronta una dialéctica inevitable: entre el sistema armonioso que da cuenta del mundo y el germen de disolución interna de una época de crisis.»¹⁰ Así, Damis insiste en que las pretensiones ingenierianas de construcción de un sistema y su inquietud siempre presente por el hombre moral surgen mientras Paul Valéry habla de la crisis del espíritu, Husserl del cansancio de la razón y de la civilización europea, Nietzsche del nihilismo y los surrealistas del refugio en lo onírico, sin hablar de otros cimbronazos que *per se* van a producir la Gran Guerra de 1914 o la Revolución Rusa.

Podríamos agregar que la realidad más inmediata de Ingenieros atravesaba por un proceso de transformaciones también movilizadoras, proceso que convocó igualmente a otras figuras del positivismo vernáculo. Durante los años que van de 1880 a 1910, muchos de los efectos atribuidos a aquellos cambios se sintetizaron en la llamada «cuestión social», que Zimmermann ha definido como

«el conjunto de consecuencias sociales del proceso de inmigración masiva, urbanización e industrialización que transformó al país, entre las que se contaron problemas en áreas de vivienda, sanidad y salud pública, el aumento de la criminalidad urbana, la protesta obrera y el surgimiento de nuevas corrientes ideológicas que desafiaban la validez de las instituciones políticas y económicas vigentes».¹¹

Por otra parte, Ingenieros es miembro de una generación hija de la crisis política y económica de 1890, de la que se forjó una lectura en clave moralista que compagina bien con la perspectiva integral de los problemas sociales que era común en las corrientes reformistas que nacieron por aquellos años, en las que abrevaban socialistas, grupos liberales y fracciones del catolicismo. En este sentido, la cuestión social

¹⁰ José Luis Damis, «José Ingenieros (1877-1925)», en: Biagini, op. cit., p. 528.

¹¹ Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 11-12.

«fue percibida como otra faceta del proceso de regeneración moral y política que debía sanear al país. Intelectuales y políticos conectaron a la cuestión social con este supuesto resquebrajamiento generalizado de la moral pública que hacía imposible la construcción de un orden político sano».¹²

Sintetizando, se entiende aquí a Ingenieros como un intelectual que, aun partiendo de convicciones socialistas revolucionarias, eticistas y modernistas, llegará al Centenario adhiriendo a la senda reformista de la 2ª Internacional y al positivismo, lo que lo había llevado en los años previos a participar del «régimen» colaborando con las fracciones liberales progresistas (la llamada «burguesía inteligente»¹³). No obstante esto, hacia la segunda década del siglo su trayectoria biográfica e intelectual sufrirá una cesura que será a la vez política y teórica, y renovará el *élan* moralista que había pervivido de manera algo incómoda durante los primeros años de la nueva centuria.

El hombre mediocre, pues, se concibe como un ensayo de reforma moral laica desde el que se integra y articula un modelo social y político en el que la apertura hacia la noción de ideal y de individuo, como sujeto activo y creador, se confunden con concepciones bio-sociológicas de cuño positivista. Los puentes entre ambos componentes del pensamiento ingenieriano le permitirán, por un lado, legitimar sus reflexiones morales desde el saber normativo de las ciencias sociales y, por otro, pensar en la construcción de una «filosofía científica». En este sentido, la actitud básica de Ingenieros hacia el conocimiento lo acercan a la figura típica del «legislador», formulada por Bauman para caracterizar el talante del intelectual moderno.¹⁴

El análisis de *El hombre mediocre* nos ofrece, por tanto, una vía regia de acceso a la complejidad y las tensiones internas del pensamiento de Ingenieros, dentro del cual aquella obra opera como parte aguas. Del mismo modo, nos permite acercarnos a una versión del reformismo moral y a la actitud del autor frente a las

¹² Ídem, p. 70. También en el artículo del mismo autor: «Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916», en: *Desarrollo Económico*, N° 124, enero-marzo 1992, p. 547.

¹³ Ver Zimmermann, *Los liberales reformistas...*, op. cit., pp. 55-60.

¹⁴ El papel del «legislador», según Zygmunt Bauman, «consiste en hacer afirmaciones de autoridad que arbitran en controversias de opiniones y escogen las que, tras haber sido seleccionadas, pasan a ser correctas y vinculantes. La autoridad para arbitrar se legitima en este caso por un conocimiento (objetivo) superior, al cual los intelectuales tienen un mejor acceso

que la parte no intelectual de la sociedad. La mejor calidad de ese acceso se debe a reglas procedimentales que aseguran la conquista de la verdad, la consecución de un juicio moral válido y la selección de un gusto artístico apropiado. Dichas reglas procedimentales tienen una validez universal, lo mismo que los productos de su aplicación. Su empleo hace de las profesiones intelectuales (científicos, filósofos morales, estetas) propietarias colectivas del conocimiento que es de pertinencia directa y crucial para el mantenimiento y perfeccionamiento del orden social». *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, pp. 13-14.

transformaciones sociales en curso, que hacían inminente la apertura del régimen político liberal-conservador.

En las páginas que siguen precisaremos, en primer lugar, la atmósfera de época y las particulares circunstancias biográficas en que se produce *El hombre mediocre*, para luego aproximarnos al examen de la obra, intentando dar cuenta tanto de sus fundamentos filosóficos como de su crítica y propuesta morales.

CENTENARIO, CAMPO INTELECTUAL Y CRISIS DEL POSITIVISMO:

EL CONTEXTO DE PRODUCCIÓN DE *EL HOMBRE MEDIOCRE*

Hasta la primera década del siglo XX argentino la hegemonía cultural del positivismo aún parecía sólida, acaso por su doble capacidad de convertirse en uno de los cánones interpretativos de la realidad social argentina y de articularse con instituciones educativas, jurídicas, sanitarias o militares, tramando un sólido tejido de prácticas sociales.¹⁵

Es cierto que la supremacía de la matriz positivista en el período 1880-1910 no había llegado nunca a ser incontestada y, en ese sentido, quizá resulte ocioso recordar la superposición en Argentina, y en toda Latinoamérica, de diversas tramas teóricas, ideológicas y aun estéticas. De este modo, junto al modernismo cultural, el tardo-romanticismo, el realismo, el vitalismo o el decadentismo, emergieron la renovación del pensamiento católico, el socialismo o el anarquismo, entre otros.

Sin embargo, no es menos palmario que el ensayo positivista construyó una exitosa intervención discursiva —cuyos efectos se amplificaron hasta alcanzar con sus reflexiones las prácticas reformistas del sistema social del país—¹⁶ a propósito del intento de explicar tanto los efectos no deseados del proceso de modernización y secularización como los obstáculos para la consecución de los puntos fundamentales del proyecto que tal transformación comportaba, además de aportar a la discusión respecto del problema de la invención de una nación.¹⁷ Estas cuestiones resultaban de vital importancia en tiempos de la consolidación del poder del Estado, de la incorporación más plena de Argentina al mercado mundial y de la creciente manifestación de un conflicto social cuyas aristas más salientes se observaban en la vida urbana. En efecto, las ciudades —fundamentalmente Buenos Aires—

¹⁵ Terán, *Positivismo y nación...*, op. cit., p. 11. En este sentido, se pueden apuntar, a modo de ejemplos, la designación de Ingenieros como el primer director del Instituto de Criminología anexo a la Penitenciaría Nacional (1907), la creación y la dirección de Ramos Mejía de la Asistencia Pública y del Departamento de Higiene, y el desempeño del propio Ramos

Mejía al frente del Consejo Nacional de Educación hasta dos años antes de su muerte (ocurrida en 1914).

¹⁶ Ingenieros fue uno de los asesores de Joaquín V. González en la elaboración del frustrado proyecto de Código Nacional de Trabajo (1904).

¹⁷ Terán, *Positivismo y nación...*, op. cit., pp. 11-12.

se conmovían por el carácter aluvional que había adquirido la inmigración, el crecimiento industrial que daba visibilidad a una incipiente clase obrera y la conformación de una clase media que expresaba nuevos intereses. A todo ello se añadían los problemas derivados de la presencia de escisiones en la clase dirigente, que se expresaban como una amenaza acuciante en la presión cívico-militar y la querrela por la legitimidad activadas por la Unión Cívica Radical.¹⁸

Así, el ensayo positivista «se abocó en principio a recortar una zona donde creyó detectar una clave de la historia nacional no sólo reciente: la presencia del fenómeno multitudinario».¹⁹ La tematización de este objeto se vinculaba, en la Argentina aluvional, con el problema de la nacionalización de las masas, para lo cual se atribuyó a la noción de raza un potencial heurístico relevante. Esta preocupación básica se comunicaba con el conflicto obrero –cuyo liderazgo se disputaban el socialismo, el sindicalismo y el tan temido anarquismo– y las condiciones de vida de las clases subalternas. Tales asuntos, condensados por intelectuales y políticos en la expresión «cuestión social», recibirán una serie de respuestas que bascularán entre la represión y la reforma «desde arriba» del sistema, y el positivismo ejercerá para muchos el papel de legitimante en tanto su sustento radicaba en el conocimiento «científico» de la sociedad, circulando tanto entre grupos conservadores como entre fracciones críticas del oficialismo y de la oposición.²⁰

Empero, si el clima de balance hacia el Centenario de la Revolución de Mayo ofrecía, por un lado, una mirada satisfecha hacia el pasado argentino, a la vez manifestaba con agudeza la percepción de que aquellas transformaciones habían llevado a hacer no menos notables una serie de contradicciones de carácter político, social y moral. Este disconformismo encontraba sus orígenes en la conmoción de 1890, que había despertado la reflexión sobre el contraste existente entre «un progreso material tan innegable como disolvente de viejas virtudes republicanas».²¹ Y si aquel malestar había madurado en las décadas anteriores sin afectar la hege-

¹⁸ La causa de la UCR tenía eje en la denuncia del sistema de fraude y control electorales establecido por las fracciones dominantes de la élite conservadora. Ver Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, capítulo VI.

¹⁹ Terán, *Positivismo y nación...*, op. cit., p. 15.

²⁰ Es conocido el venero por la ciencia como factor de progreso en el seno del socialismo, en cuyo pensamiento Ingenieros se reconocía. En este sentido, el auge del evolucionismo, la idea de la inevitabilidad de los procesos sociales y las previsiones de reforma en el marco del ascenso del fenómeno democrático –ideas hegemónicas al interior de la 2ª Internacio-

nal, de la cual el socialismo local toma su referente intelectual–, alimentaban la convicción del éxito futuro de su doctrina (ver Jeremy Adelman, «El Partido Socialista Argentino», en: Mirta Zaida Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, op. cit. Empero, como señala Zimmermann, la crítica idealista –que condenaba la declinación espiritual de las nuevas naciones en su búsqueda de desarrollo material– se centraba en la asociación del positivismo científico con el liberalismo, a cuya labor se atribuía el entero edificio institucional argentino (ver *Los liberales reformistas...*, op. cit., p. 13).

²¹ Terán, *Positivismo y nación...*, op. cit., p. 15.

monía cultural del positivismo, el «espíritu del Centenario» estaría signado por una heterogénea reacción antipositivista.²²

Las formulaciones de la contestación al positivismo sólo parecían converger en aquello que rechazaban, pero también había algo más. En efecto, el molde común de este conjunto de proposiciones estaba dado por un retorno al idealismo, que se trasuntaba en la apelación a «categorías espiritualistas, vitalistas, y toda una gama de teorías que revalorizaban al sujeto, la voluntad, los valores, la moral, en fin, la decisión».²³ Y si esto ocurría en el distrito filosófico, en el terreno más amplio de lo político-cultural florecían la interpretación yrigoyenista del krausismo, el nacionalismo esencialista y el catolicismo «ultramontano».²⁴ Menos incidentes parece haber producido esta renovación en el pensamiento socialista o anarquista aunque, como se verá, no es el caso de José Ingenieros.

El abigarramiento de la reacción antipositivista —no mayor que el del mismo positivismo— se sintetizará en dos direcciones fundamentales: una implicada con la ampliación de la libertad y la democracia, y otra ligada a un giro elitista, aristocrático, que revisará aquellas certidumbres. En esa línea, José Enrique Rodó había formulado en su *Ariel*, hacia 1900, un modelo destinado a extender su influencia entre las minorías intelectuales no sólo locales: impugnación de la civilización utilitaria y materialista triunfante en los Estados Unidos, idealización de la vida desinteresada, ensimismamiento en el «reino interior», apelación al registro aristocratizante del modernismo, advertencias contra los peligros de la democracia y el cosmopolitismo, romanticismo juvenilista y redescubrimiento de la Grecia clásica y de la tradición hispano-cristiana (recuérdese que el hispanismo será otro rasgo del clima del año '10, explícito en el nacionalismo culturalista de Manuel Gálvez y Ricardo Rojas).²⁵

Para completar este cuadro un tanto impresionista del fluido mundo cultural del Centenario, no debe olvidarse que hacia estos años se asistía, como parte del proceso más vasto de modernización, a la conformación de un campo intelectual socialmente diferenciado.²⁶ En un territorio plagado aún de elementos arcaicos, los intelectuales manifestaban una mayor independencia respecto de los dictados culturales y los centros de poder oligárquicos, lo que los diferenciaba de los llama-

²² José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Solar, 1983 (1965), especialmente el capítulo «El espíritu del Centenario». Por su parte, Ricardo Falcón apunta que «cuando el proyecto del '80, aunque no totalmente agotado, pero sí perturbado, ya no generaba el optimismo sin fin de otrora, el positivismo entró en un proceso de decadencia». «Militantes, intelectuales e ideas políticas», en: Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto so-*

cial y renovación de ideas (1916-1930), (Colección Nueva Historia Argentina t. VII), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 326.

²³ Falcón, op. cit., p. 326.

²⁴ Ídem, p. 327.

²⁵ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 164-165; también Oscar Terán, «El pensamiento finisecular», op. cit., pp. 348-349.

²⁶ Altamirano y Sarlo, op. cit., pp. 161-162.

dos «escritores *gentleman*». Esta novedad se veía favorecida por dos cuestiones estrechamente vinculadas entre sí: por un lado, la creciente profesionalización del rol de escritor, para el cual la tarea de escribir se convertía en su ocupación central; por otro lado, la indispensable constitución de un mercado ampliado de bienes culturales que mediara la relación entre el escritor y su público.²⁷

Mientras la sociedad y el ámbito cultural argentinos atravesaban este período magmático, Ingenieros seguía trabajando como un criminólogo internacionalmente reputado.²⁸ Pero es un incidente de su vida personal el que genera las condiciones para que sus preocupaciones por el hombre moral se abran a la filosofía, alejándose de la antropología de los anormales.²⁹ En 1911 se presenta a concurso para el cargo de profesor titular de la cátedra de Medicina Legal de la Universidad de Buenos Aires. Pese a que el consejo directivo de la facultad ubica su nombre en el primer término de la terna que, según la normativa de aquel entonces, se elevaba al Poder Ejecutivo Nacional, la elección recae en el segundo postulante (cediendo, probablemente, a presiones de la Iglesia Católica).³⁰ Ingenieros renuncia al Instituto de Criminología, a su consultorio particular y abandona el país, prometiendo no regresar en tanto Roque Sáenz Peña fuera Presidente de la Nación. Así, permanecerá en un autoexilio europeo desde septiembre de 1911 hasta julio de 1914, enriqueciendo su cultura científica y filosófica en las universidades de París, Lausana y Heidelberg.³¹

Hacia 1913 publica en España la primera edición de *El hombre mediocre*, texto que comporta un agrietamiento de su anterior mundo conceptual, y en el que se trasunta su malestar por el clima político, social y moral contemporáneo. En esta

²⁷ Resulta interesante destacar cómo, concomitantemente con este proceso de profesionalización, van perdiendo importancia las facultades de Derecho y Medicina como canales de acceso por excelencia a la vida intelectual y cultural. Ingenieros era uno de los muchos que ingresaron a este distrito a través de la profesión médica. Para profundizar en este tópico, ver Altamirano y Sarlo, «La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos», en los ya citados *Ensayos argentinos*.

²⁸ Los trabajos de Ingenieros en esta área lo llevaron a desarrollar un diálogo crítico con las tesis de la criminología italiana, que trabajaba sobre los factores biológicos y sociales del delito, proponiendo una clasificación del delincuente basada en su morfología, esto es, sus rasgos antropométricos. El autor de *El hombre mediocre* ofreció una nueva perspectiva, integrando los componentes biológicos, sociales y psicológicos en la explicación del hecho delictivo, y elaborando una clasificación sustentada en la psicopatología. En el marco de concepciones de la época, la locura, el delito y la marginalidad

se correlacionaban, subsumiéndose en las preocupaciones por la «degeneración», concepto que pasó de designar un conjunto de síntomas y cuadros psiquiátricos a constituirse en una apelación genérica que condensaba todo lo expulsado de la utopía social y política de orden y progreso. Ver Salvatore, op. cit., pp. 129-132; Bagú, op. cit., pp. 27-39; Luna, op. cit., pp. 87-120.

²⁹ Damis, op. cit., pp. 528-530.

³⁰ Terán sugiere la posibilidad de que en la decisión haya incidido el reconocimiento de Ingenieros, formulado años antes, al «gran sentido de las realidades prácticas» de Julio A. Roca. Poco atractivas podían resultar estas expresiones para un reconocido antirroquista como el a la sazón primer mandatario Roque Sáenz Peña. Ver, del autor referido: *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 65.

³¹ Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., pp. 57-58; también, en otra obra del mismo autor: *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 67-68; Bagú, op. cit., pp. 46-57; Luna, op. cit., pp. 121-134.

obra ejercita su «espíritu de síntesis»³² inclinado a la integración y sistematización de los resultados del pensamiento de su época. Su estructura se construye a partir de la siguiente secuencia teórica: la definición del ideal y su función social; la determinación del sujeto social que lo porta; y la contrapartida, representada por la mediocridad y los momentos históricos en que ella impera, para desembocar en los efectos políticos que estas nociones implican.³³

HOMBRE MEDIOCRE EN EL PENSAMIENTO INGENIERIANO

Positivismo y moralismo

La ética de Ingenieros se apoya notoriamente, como fue señalado más arriba, en la noción de ideal. Precisamente, la prosa de tono modernista de *El hombre mediocre* se inaugura con una definición aproximativa del concepto: «el Ideal es un gesto del espíritu hacia alguna perfección».³⁴ Sin embargo, inmediatamente se percibe el afán articulador de esta categoría con un proyecto que irá manifestándose crecientemente en los escritos de los años siguientes: la construcción de una «filosofía científica» o –más específicamente– una «filosofía de la psicología»,³⁵ en cuya elaboración se cuidará de ofrecer un contenido tal que permita desmarcar al autor de las perspectivas redondamente espiritualistas al uso. Por ello afirma que «conviene reintegrar el idealismo en toda futura filosofía científica».³⁶ En este sentido, el idealismo ético de Ingenieros se inserta en la trama discursiva hilvanada por el concepto de experiencia, parte integrante del «monismo naturalista»³⁷ por él profesado hasta entonces:

«Los filósofos del porvenir, para aproximarse a formas de expresión cada vez menos inexactas, dejarán a los poetas el hermoso privilegio del lenguaje figurado; y los sistemas futuros, desprendiéndose de añejos residuos místicos y dialécticos, irán poniendo la Experiencia como fundamento de toda hipótesis legítima».³⁸

³² Ricaurte Soler, op. cit., p. 95.

³³ Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 60.

³⁴ José Ingenieros, *El hombre mediocre*, en sus *Obras Completas*, Buenos Aires, Mar Océano, 1961-1962, t. VII, p. 85.

³⁵ Celina A. Lértora Mendoza, «Ciencia y Filosofía en José Ingenieros», en Biagini, op. cit., p. 542. De los dos centros de gravitación teórica del positivismo argentino –agnosticismo metafísico y científicismo–, Ingenieros niega el primero y desarrolla el segundo. Soler apunta: «el alcance filosófico que él atribuyó a sus investigaciones científicas, de la misma manera que el origen científico de su pensamiento filosófico, son aspectos que se encuentran íntimamente vinculados». Op. cit., p. 95.

³⁶ Ingenieros, op. cit., p. 90.

³⁷ Soler define así el carácter básico del pensamiento ingenieriano aunque, como se verá, la reflexión del autor de los *Principios de Psicología Biológica* (publicada en 1911 con el título de *Psicología Genética*) le hará lugar a nociones que señalan la apertura de su sistema. En aquella obra, Ingenieros precisa los postulados de tal concepción: «la unidad de lo real (monismo) se transforma continuamente (evolucionismo) por medio de causas naturales (determinismo)». Citado por Soler, op. cit., p. 98.

³⁸ Ingenieros, *El hombre...*, op. cit., p. 85. Obsérvese la preocupación en Ingenieros por la vaguedad del lenguaje de la filosofía que, décadas más tarde, será propia del positivismo lógico y de diversas corrientes del análisis filosófico. Ver Lértora Mendoza, op. cit., p. 550.

En efecto, la experiencia es, en Ingenieros, el origen de todo conocimiento, y de ahí que su propuesta filosófica haya sido conocida como una «metafísica de la experiencia» que, aun teniendo por objeto aquellos problemas que van más allá de los hechos científicos, empíricamente comprobados, debe ineludiblemente tomarlos como punto de partida.³⁹ La filosofía tiene una estructura epistémica y un método análogos a los de la ciencia, pero ésta difiere de aquella en el valor del conocimiento que produce: la filosofía sólo puede dar legitimidad a sus productos, mientras que la ciencia prueba.⁴⁰ El conocimiento es, en definitiva, un «resultado natural de la experiencia humana que se encamina a una mejor adaptación de los grupos sociales al medio en que viven».⁴¹

Este pensamiento está aún transido de ciertos conceptos biólogos de cuño darwiniano y de las nociones de progreso y evolución del spencerismo. Así, no sólo adhiere a la tesis de que la especie humana es el producto de la selección natural y la lucha por la vida;⁴² además, los mismos ideales son entendidos como «formaciones naturales» cuya supervivencia depende de que presenten correctamente el porvenir. Ingenieros consiente en que evolucionar es variar, y que las variaciones útiles tienden a conservarse:

«La evolución humana es un esfuerzo continuo del hombre para adaptarse a la naturaleza, que evoluciona a su vez. Para ello necesita conocer la realidad ambiente y prever el sentido de las propias adaptaciones: los caminos de su perfección. Sus etapas refléjanse en la mente humana como ideales».⁴³

A fin de cuentas, «la formación de ideales está sometida a un determinismo

³⁹ Ver Soler, op. cit., capítulo III. Hacia 1918, Ingenieros llegará a definir su filosofía científica como un «sistema de hipótesis provisionales, fundada en las leyes más generales de las ciencias, para interpretar los problemas que permanecen fuera de la experiencia actual o posible». *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, citado por Lértora Mendoza, op. cit., p. 552.

⁴⁰ Es decir, la ciencia debe demostrar, mientras que la filosofía satisface sus fines con la validez lógica. Ver Lértora Mendoza, op. cit., pp. 547 y 554.

⁴¹ José Ingenieros, *Principios de Psicología Biológica*, citado por Soler, op. cit., p. 95.

⁴² Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 186. No debe pensarse, sin embargo, que Ingenieros acuerda con el darwinismo social en sus vertientes más descarnadas. Por el contrario, produce un cruce entre el marxismo economicista de

Aquiles Loria y el evolucionismo biólogo, que precipita en la idea de bio-economicismo. Esto es, entiende que las leyes económicas son leyes biológicas especiales, siendo aquel el terreno donde se manifiesta la lucha en las sociedades humanas. Tal concepción es el punto de apoyo teórico de sus ideas reformistas y pacifistas, según las cuales la evolución desplaza la confrontación violenta a favor de métodos «pacíficos e intelectuales». A todo ello se añade el principio de solidaridad, que ejercerá sobre el pensamiento ingenieriano una atracción cada vez mayor, percible en sus otras dos obras éticas: *Hacia una moral sin dogmas*, de 1917, y *Las fuerzas morales*, constituida por sus «sermones laicos» publicados entre 1918 y 1923 en revistas estudiantiles y universitarias, revisada más tarde y editada como libro *post-mortem*. Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., pp. 30-32.

⁴³ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 86.

que, por ser complejo, no es menos absoluto». ⁴⁴ La ética futura deviene entonces pensable como un idealismo experimental ajeno a «dogmas religiosos» y «apriorismos metafísicos», fundado en una experiencia social que evoluciona hacia una «doctrina de la perfectibilidad indefinida». ⁴⁵

Y si Ingenieros no formula una caracterización de esa perfección, es en buena medida porque en su filosofía se introduce un cierto relativismo histórico y social que afecta la reflexión moral. Como se dijo más arriba, las hipótesis metafísicas dependen del desarrollo actual y posible de la experiencia, cuyo carácter es incessantemente variable. Este rasgo de la experiencia comunica sobre la infinita posibilidad de problemas que exceden sus alcances, calificando como perenne lo «inexperiencial». ⁴⁶ La aspiración de universalidad permanece, pero consciente de ciertas limitaciones que imponen el tiempo y el espacio. ⁴⁷

No obstante, en este sistema cuyo hermetismo encuentra ya un primer matiz en la apertura hacia la «metafísica de la experiencia», se filtran otros elementos que lo abren a la recuperación del individuo como sujeto activo y creativo. Porque si hasta aquí se asistió a una interpretación bio-sociológica de los ideales que compaginan con concepciones organicistas, ⁴⁸ la encarnación de aquellos en el individuo se constituye en el vaso comunicante entre lo social y lo ético. ⁴⁹ En principio, se tiene la asignación de un papel protagónico a la imaginación en la formación de ideales, que aparecen cuando la actividad pensante adquiere una competencia tal que la imaginación puede anticiparse a la experiencia. ⁵⁰

«La experiencia determina la formación natural de conceptos genéricos, cada vez más sintéticos; la imaginación abstrae de éstos ciertos caracteres comunes, elaborando ideas generales que pueden ser hipótesis acerca del incesante devenir: así se forman los ideales que para el hombre son normativos de la conducta en consonancia con sus hipótesis». ⁵¹

⁴⁴ Ídem, p. 87.

⁴⁵ Ídem, p. 85.

⁴⁶ Ver Lértora Mendoza, op. cit., pp. 551-555; Soler, op. cit., pp. 113-116.

⁴⁷ «La experiencia, sólo ella, decide sobre la legitimidad de los ideales, en cada tiempo y cada lugar. En el curso de la vida social se seleccionan naturalmente; sobreviven los más adaptados, los que mejor prevén el sentido de la evolución; es decir, los coincidentes con el perfeccionamiento efectivo» Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 88.

⁴⁸ Luis Alejandro Rossi caracteriza la visión ingenieriana como «funcionalista». Op. cit., p. 75.

⁴⁹ El pensamiento ético de *El hombre mediocre* está connotado por el psicologismo biológico, que es la perspectiva desde la cual Ingenieros está analizando los hechos sociales. Esto dice en la página 104, mientras ausculta la mediocridad: «el moralista dirá, después, si la mediocridad es buena o mala; al psicólogo, por ahora, le es indiferente; observa los caracteres en el medio social en que viven, los describe, los compara y los clasifica de igual manera que otros naturalistas observan fósiles en un lecho de río o mariposas en la corola de una flor». ⁵⁰ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 86.

⁵¹ Ídem, loc. cit.

Se sigue de ello que la experiencia irá siempre retardada respecto de la imaginación, «madre de toda originalidad». Y como sólo la experiencia puede arbitrar sobre la certeza o la falsedad de un ideal, éste opera básicamente como creencia activadora de conductas antes que como verdad apodíctica. Ahora bien, la emergencia de ideales no ocurre simultáneamente en todos los hombres; al contrario, las creencias comunes suelen responder a perfecciones pensadas en el pasado como anticipaciones del porvenir. La creación de ideales corresponde al individuo, y lo habitual es que sean patrimonio de una «selecta minoría, cuyo esfuerzo consigue imponerlo a las generaciones siguientes».⁵²

De este modo, su ética traduce un elitismo de raíz nietzscheana y arielista (sobre estas cuestiones volveré más adelante) que reconoce la existencia de un resto de autonomía del sujeto respecto de los condicionantes de la herencia biológica y la imitación social. Ese *plus* de autonomía se referencia en la idea del hombre como valor social, es decir, en el criterio de que el provecho atribuible a los componentes de un grupo es relativo al conjunto. Desde tal perspectiva, Ingenieros expresa su doctrina de la sociedad tripartita: en el escalón más bajo encontramos a la minoría de los *hombres inferiores*, que conservan las tendencias instintivas del «alma de la especie», incapaces de pensar y de adaptarse al grupo (se ubican en este rubro las personalidades del loco y del delincuente, tematizadas por Ingenieros durante toda la primera década del siglo XX);⁵³ luego se inscribe el grupo mayoritario de los *hombres mediocres*, que adoptan el «alma de la sociedad», incapaces de forjar ideales y de conducta imitativa y adaptada al rebaño; por último, una nueva minoría: la de los *hombres superiores*, constructores de un «alma individual» original e imaginativa, precursores de nuevas formas de perfección y desadaptados del medio en la medida de su «variación».⁵⁴ De ahí que sostenga que existen en el ser humano dos «móviles irreductibles»: uno tiende a «perseverar en el ser» y es fruto de la herencia; otro tiende a «aumentar el ser» y es obra de la variación. El primero es principio de estabilidad, el segundo de progreso.⁵⁵

Los matices esperables dentro de cada uno de aquellos tres órdenes habilita la elaboración de una jerarquía que es a la vez intelectual y moral: idiotismo, inferior-

⁵² Ídem, p. 89.

⁵³ La preocupación por la distinción entre lo normal y lo patológico, como se ve, tiene todavía un lugar relevante en Ingenieros.

⁵⁴ Ingenieros, *El hombre mediocre*, pp. 105-106. Soler da cuenta de cómo, en sus ya referidos *Principios de Psicología...*, Ingenieros presenta la formación de las funciones psíquicas conscientes como el producto del cruce de tres tipos de experiencia, el predominio de cada una de las cuales se correspon-

de hasta cierto punto con los tipos humanos reseñados. Así, las modificaciones evolutivas derivadas de la historia de la especie son parte de la experiencia filogenética; las que provienen del devenir de los grupos sociales son constituyentes de la experiencia sociogenética; y, por fin, las que ocurren en el curso de la vida individual integran la experiencia ontogenética. Ver Soler, op. cit., pp. 100-103.

⁵⁵ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 87.

ridad, mediocridad, talento y genialidad.⁵⁶ La tercera categoría es la protagonista en las mediocracias, mientras los hombres de genio y talento dan el tono en ciertas circunstancias históricas favorables y, especialmente, en la utopía ingenieriana: la aristocracia del mérito. A la descripción de estos dos mundos éticos, sociales y políticos dedicaremos los próximos apartados.

Los mediocres y la mediocracia

Evidentemente, sobre aquellas convicciones des-igualitarias, constituyentes del sustrato del pensar ingenieriano, se sostienen sus reflexiones sobre la mediocridad y el idealismo. La obra que es objeto de estas páginas está impregnada del propósito de proceder a una discriminación de tipos humanos que se elabora sobre la aplicación de concepciones bio-sociológicas en la interpretación de la desigualdad. Luego de enunciar que el descubrimiento de las diferencias naturales entre los hombres es anterior al mundo moderno –para lo cual se apoya en citas de Plutarco y Montaigne–, apela a establecer el sentido real de la expresión horaciana *durea mediocritas*. Ingenieros hace a un lado cualquier interpretación que asocie a Horacio con el elogio de los incapaces y, tras apuntar que la intención originaria de la propuesta del poeta apunta a enaltecer los goces del vivir sencillo, equidistante de la miseria y la opulencia, se pregunta:

«¿Por qué suprimir desniveles entre los hombres y las sombras, como si rebajando un poco a los excelentes y amerengando un poco a los bastos se atenuaran las desigualdades creadas por la naturaleza?»⁵⁷

Su concepción del perfeccionamiento social como la «combinación armónica de originalidades incesantemente multiplicadas», y no como resultado de «la uniformidad de todos los individuos», lo lleva a condenar a los que abogan contra las diferencias como «enemigos» del progreso.⁵⁸ No obstante, Ingenieros no sólo percibe desigualdades innatas; a su análisis se incorpora el registro de ciertos fenómenos contemporáneos que coadyuvan a agravar las diferencias: el mediocre, adicto a la imitación social, sufre muchas veces las consecuencias de las penurias de la vida cotidiana, particularmente visibles en las grandes ciudades, que

⁵⁶ Ídem, p. 136.

⁵⁷ Ídem, pp. 99-100. Ya en «Socialismo y legislación de trabajo» (resumen de su libro *La législation du travail dans la République Argentine*, París, Cornély, 1906) había dicho: «las disertaciones sobre la trilogía republicana, [Libertad, Igualdad, Fraternidad] (científicamente absurda: el determinismo niega la libertad, la biología niega la igualdad y el principio de lucha

por la vida, universal entre los seres vivos, niega la fraternidad), preocupan cada vez menos a los sociólogos, procurando abstraerse de todo ilusorio sentimentalismo conservador o revolucionario». Este artículo fue publicado como parte de su *Sociología Argentina*, Buenos Aires, Losada, 1946 (1913).

⁵⁸ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 100.

«pululan de niños moralmente desamparados, presa de la miseria, sin hogar, sin escuela. Viven tanteando el vicio y cosechando la corrupción, sin el hábito de la honestidad y sin el ejemplo luminoso de la virtud. Embotada su inteligencia y coartadas sus mejores inclinaciones, tienen la voluntad errante, incapaz de sobreponerse a las convergencias fatales que pugnan por hundirlos».⁵⁹

Si la sociedad mezquina de este modo la educación, niega a su vez la mejor «escuela del carácter»: el trabajo, cuya imposición temprana lo vuelve objeto de rechazo.⁶⁰ Es así como se opera la diferenciación que produce la mediocridad moral, intelectual y de temperamento.

El hombre mediocre es, por definición, indistinguible de la sociedad en que se mueve⁶¹ y, por ello, tan proclive a todo tipo de rutinas, prejuicios y domesticidades, como dispuesto a dogmatismos, supersticiones y fanatismos.⁶² La retahíla de anatemas contra los mediocres es interminable: vulgares, eclécticos, solemnes, adoradores del sentido común, maledicientes, exitistas, hipócritas, simuladores, egoístas, ingratos, impotentes para la virtud, cobardes para el vicio, vanidosos y envidiosos, entre muchos otros rasgos pasibles de integrar este catálogo.⁶³ La etapa del ciclo vital que mejor plasma la imagen de la mediocridad física, intelectual, moral y del carácter es, para Ingenieros, la vejez.⁶⁴ No obstante, su idea de la senectud no es prioritariamente etaria: «la juventud no es simple cuestión de estado civil y puede sobrevivir a alguna cana: es un don de vida intensa, expresiva y optimista».⁶⁵

Por otra parte, sus reflexiones sobre la mediocridad no están desprovistas de algún tinte racista. Al argumentar sobre la existencia de un temperamento doméstico nutrido por la herencia y el ambiente, recurre a la Grecia clásica y señala el desprecio que los antiguos sentían por los hijos de siervos, a los que reputaban una intensificación de la domesticidad de sus padres como resultado de la suma de la transmisión hereditaria y la servidumbre de su propia vida. Ingenieros apunta que tal actitud no es patrimonio exclusivo de la Antigüedad:

⁵⁹ Ídem, p. 147.

⁶⁰ Ídem, loc. cit.

⁶¹ «La personalidad individual comienza en el punto preciso donde cada uno se diferencia de los demás; en muchos hombres ese punto es simplemente imaginario. Por ese motivo, al clasificar los caracteres humanos, se ha comprendido la necesidad de separar a los que carecen de rasgos característicos: productos adventicios del medio, de las circunstancias, de la educación que se les suministra, de las personas que los tutelan, de las cosas que los rodean». Ídem, p. 101.

⁶² Ídem, pp. 99 y 101.

⁶³ Ídem, *passim*.

⁶⁴ Dedicada integralmente el capítulo VI a describir cómo el envejecimiento nivela a los hombres en un proceso regresivo que disuelve cualquier capacidad superior del individuo. Se ha destacado el profundo temor que la vejez producía en Ingenieros. Ver Bagú, op. cit., p. 106; Luna, op. cit., pp. 148-149; también Luis Farré, «La ética de José Ingenieros», en: Biagini, op. cit., pp. 560-561.

⁶⁵ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 165.

«Esto se repite en cuantos países tuvieron una raza esclava inferior. Es legítima. Con humillante desprecio suele mirarse a los mulatos, descendientes de antiguos esclavos, en todas las naciones de raza blanca que han abolido la esclavitud; su afán por disimular su ascendencia servil demuestra que reconocen la indignidad hereditaria condensada en ellos. Ese menosprecio es natural. Así como el antiguo esclavo tornábase vanidoso e insolente si trepaba a cualquier posición donde pudiera mandar, los mulatos se ensoberbecen en las inorgánicas mediocracias sudamericanas, captando funciones y honores con que hartan sus apetitos acumulados en domesticidades seculares».⁶⁶

Sin embargo, mucha mayor incidencia tienen en la lógica de *El hombre mediocre* las resonancias del clasismo antiburgués. Si, por un lado, «la clase crea idénticas desigualdades que la raza», por otro, es palmario para Ingenieros que el «burgués enriquecido» y «advenedizo» merece más el odio del aristócrata que el del proletario: «no hay peor jefe que el antiguo asistente ni peor amo que el antiguo lacayo».⁶⁷ Este tono reluctante frente a la expansión burguesa es tomado sin dudas de Nietzsche⁶⁸ y Stirner, pero también de Rodó y Rubén Darío, y se prolonga en la crítica del materialismo,⁶⁹ el utilitarismo⁷⁰ y su expresión más acabada: el hombre práctico.⁷¹ Por momentos incluso toda forma de poder resulta refractaria al idealismo y se vincula a la mediocridad:

«El poder que se maneja, los favores que se mendigan, el dinero que se amasa, las dignidades que se consiguen, tienen cierto valor efímero que puede satisfacer los apetitos del que no lleva en sí mismo, en sus virtudes intrínsecas, las fuerzas morales que embellecen y califican la vida: la afirmación de la propia personalidad y la cantidad de hombría puesta en la dignificación de nuestro yo».⁷²

⁶⁶ Ídem, pp. 146-147.

⁶⁷ Ídem, p. 147.

⁶⁸ Terán destaca el hecho de que la obra de Nietzsche fue interpretada, en parte y durante mucho tiempo, como la extensión de un biologismo vulgar al terreno filosófico. Sobre estas bases, la generación *fin de siècle* ostentaría las improntas de un talante antiburgués y del culto de un yo aristocrático superador de la mediocridad imperante, concepciones profesadas por el pensador alemán. Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 66.

⁶⁹ «Frente a las burguesías afebradas por remontar el nivel del bienestar material -ignorando que su mayor miseria es la falta de cultura-, ellos (los idealistas) concentran sus esfuerzos para

aquilatar el respeto de las cosas del espíritu y el culto de todas las originalidades descolantes». Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 97. Además, dice en la página 164: «la moral burguesa del ahorro ha envilecido a generaciones y pueblos enteros».

⁷⁰ «(Los mediocres) son incapaces de estoicismos: su frugalidad es un cálculo para gozar más tiempo de los placeres, reservando mayor perspectiva de goces para la vejez impotente. (...) Admiran el utilitarismo egoísta, inmediato, menudo, al contado». Ídem, p. 111.

⁷¹ «El culto del hombre práctico, limitado a las contingencias del presente, importa un renunciamiento a toda perfección». Ídem, p. 91.

⁷² Ídem, p. 101.

Estas apreciaciones no niegan el hecho de que la mediocridad cumple una función social. Coherente con sus concepciones organicistas, el pensamiento ingenieriano postula que «todo lo que existe es necesario»: si el hombre mediocre no lo fuera, la selección natural lo habría eliminado.⁷³ Los mediocres son los guardianes del «espíritu conservador o rutinario», que contiene los excesos del «espíritu original o de rebeldía» y las tendencias destructivas de los «sujetos antisociales».⁷⁴

Pese a ello, Ingenieros manifiesta su preocupación por la sinergia del fenómeno multitudinario con la subversión de valores que la mediocridad propone. Para su individualismo creador no hay mayor peligro que el «arrebatañamiento» de los mediocres, que suplen sus debilidades con la «fuerza del número».⁷⁵ Es que la multitud comporta, en el pensamiento de Ingenieros, el descentramiento alienante de la subjetividad.⁷⁶ Las aglomeraciones y su «entusiasmo gregario» son particularmente nocivos en ciertos momentos históricos en que «los ideales se murmuran apenas o se callan», en la medida que «la realidad ofrece inmediatas satisfacciones a los apetitos y la tentación del hartazgo ahoga todo afán de perfección».⁷⁷ En estas crisis, de carácter periódico, la mediocridad accede al pleno poderío social: es el clima de la mediocracia, también llamada mesocracia. Ingenieros apela a Platón, y sostiene que cuando el filósofo griego intentó definir la democracia como el peor de los buenos gobiernos y el mejor de los malos, en realidad se refería a la mediocracia.⁷⁸

Es que, para el autor de *El hombre mediocre*, las democracias de cualquier tiempo y lugar han sido ficciones: su naturaleza ha sido siempre mediocrática.⁷⁹ Más aún: los regímenes democráticos ineluctablemente han representado «confabulaciones de profesionales para aprovecharse de las masas y excluir a los hombres eminentes».⁸⁰ No cabe decir algo distinto de las «castas aristocráticas» y de las «oligarquías de advenedizos»: si los demócratas diluyen el mérito en la nivelación, los aristócratas buscan el privilegio para los mejores y terminan por reservarlo para los ineptos y los oligarcas sin prosapia están envilecidos por sus hábitos de servidumbre. Todos ellos son «enemigos de la selección natural».⁸¹

⁷³ Ídem, p. 106.

⁷⁴ Ídem, pp. 106-107.

⁷⁵ Ídem, p. 109. Recuérdese la relación discipular que Ingenieros mantuvo con Ramos Mejía, autor de *Las multitudes argentinas* (1899), texto escrito en la estela del trabajo de Gustave Le Bon. Precisamente, el comentario que Ingenieros escribe con motivo de la publicación de aquella obra marca el inicio de su actividad sociológica (ver Bagú, op. cit., pp. 30-31; Luna, op. cit., p. 97). En este sentido, Terán sugiere que «si en la década anterior un elemento disfuncional al sistema

social programado residía en la conjunción de la muchedumbre con la miseria, ahora ese riesgo también se ubica en el cruce de las masas con la mediocridad» (Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 63).

⁷⁶ Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 63.

⁷⁷ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 89.

⁷⁸ Ídem, p. 171.

⁷⁹ Ídem, p. 166.

⁸⁰ Ídem.

⁸¹ Ídem, pp. 186-187.

En este punto resulta inevitable señalar la presencia de numerosas referencias implícitas a la figura del entonces presidente Sáenz Peña y a la atmósfera que, según Ingenieros, envolvía la gestión de su gobierno. Del mismo modo, puede observarse la toma de posición del autor respecto de la reforma electoral en curso en la Argentina⁸² y alusiones a su propia condición de intelectual independiente y cuasi marginal (teniendo en cuenta su ruptura con el grupo gobernante reformista).⁸³ En principio, diagnostica la «decadencia moral de las clases gobernantes» durante el primer decenio del nuevo siglo, y precisa que «políticos sin vergüenza hubo en todos los tiempos y bajo todos los regímenes; pero encuentran mejor clima en las burguesías sin ideales».⁸⁴

Bajo el título «La política de las piaras» se disecciona el funcionamiento del sistema institucional del país. Allí condena la «degeneración» del «parlamentarismo», connotando negativamente el hecho de que la política se convierta en profesión.⁸⁵ Percibe que las jornadas electorales son «burdos enjuagues de mercenarios» y «pugilatos de aventureros», sólo justificadas por la existencia de «electores inocentes» que asisten a «la parodia como a una fiesta».⁸⁶ Los partidos son «piaras» de carácter faccioso que explotan el prestigio de algún hombre de mérito que emerge excepcionalmente de un grupo de «vanidosos, deshonestos y serviles»: los primeros son terratenientes, industriales y «señorzuelos advenedizos»; los segundos, especuladores venales que se entregan a intereses empresarios; por fin, los serviles constituyen la indispensable cohorte de aduladores.⁸⁷ Nuevamente, el carácter antiburgués del discurso ingenieriano se hace especialmente patente.

La crítica de Ingenieros se prolonga a la burocracia, cuyo crecimiento en las sociedades modernas es percibido por el autor como el nacimiento de una nueva clase. Empero, aunque son una «nueva rama» de las «oligarquías dominantes», su composición es a la vez dependiente del elenco gobernante de turno.⁸⁸

«Los arquetipos de la mediocracia» –tal el título de otro de los apartados en los que Ingenieros analiza la política contemporánea– responden al clima de su época y son, por lo tanto, irresponsables de sus actos.⁸⁹ En efecto, «el soberano cuantitativo y sin ideales prefiere candidatos de su misma complejidad moral». Son dados a la tontería,

⁸² Téngase en cuenta que, en tiempos de la publicación de *El hombre mediocre*, las leyes de apertura del sistema político no sólo habían sido aprobadas sino que además producían sus primeras consecuencias desfavorables para el oficialismo en Capital Federal y Santa Fe.

⁸³ En la primera década del siglo XX, Ingenieros llegó a alentar expectativas de reforma «desde arriba» de las condiciones sociales, anhelo ahora quebrantado en virtud de su distancia-

miento del elenco gobernante. Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., pp. 64-65.

⁸⁴ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 171.

⁸⁵ *Idem*, p. 175.

⁸⁶ *Idem*.

⁸⁷ *Idem*, pp. 175-176.

⁸⁸ *Idem*, p. 176.

⁸⁹ *Idem*, p. 178.

cobardes, verbalistas, seductores a través de programas abstractos, vanidosos, impotentes e inclinados al favoritismo,⁹⁰ «enemigos de sí mismos y de la patria».⁹¹

Pero si se toma en cuenta su doctrina de la desigualdad y la lógica de sus consideraciones respecto de las mediocracias, se puede percibir fácilmente que no era la esencia del sistema de dominación lo que Ingenieros impugnaba. El modelo de control político permanece intocado, como se verá más claramente al examinar su propuesta meritocrática. El desapego se produce respecto de un conjunto de valores y creencias que Ingenieros atribuye tanto al equipo gobernante como al que se vinculaba con los sectores sociales cuya participación se proyectaba a través de la reforma electoral en curso.⁹² En un mismo gesto se encarga de señalar su condena del proyecto regeneracionista de ciertas fracciones conservadoras y de apuntar su desconfianza respecto del ascenso político de sectores más amplios.⁹³

«La degeneración mediocrática, que caracteriza Faguet como un «culto de la incompetencia», no depende del régimen político sino del clima moral de las épocas decadentes. Cura cuando desaparecen sus causas; nunca por reformas legislativas, que es absurdo esperar de los propios beneficiarios. En vano son ensayadas por los tontos o simuladas por los bribones; las leyes no crean un clima. El derecho efectivo es una resultante concreta de la moral».⁹⁴

En definitiva, Ingenieros cree que, no existiendo las condiciones históricas que dan impulso al protagonismo del idealista, el hombre de talento debe retirarse al «reino interior» diseñado en *el Ariel*, esperando «la posible hora de hacer, apresurándola con la predicación o con el ejemplo».⁹⁵ Esta marginación tiene una ostensible relación con las circunstancias en que se encontraba el autor en el momento en que escribió *El hombre mediocre*. Precisamente, Terán inscribe el retorno de Ingenieros a las fuentes modernistas de la década del '90 en la experimentación de la inorganicidad de su programa intelectual y las dificultades para ensamblarlo en el derrotero de la nación, todo lo cual lo llevaba a representar la figura del intelectual segregado de su comunidad por una instancia política particular.⁹⁶

No obstante, el pensamiento ingenieriano introduce aquí un elemento optimista: el pueblo, cuya diferencia con la multitud reside en que aquel es «deposita-

⁹⁰ Ídem, pp. 180-183.

⁹¹ Ídem, p. 172.

⁹² Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., pp. 64-65.

⁹³ Ídem, p. 68.

⁹⁴ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 187.

⁹⁵ Ídem, p. 97.

⁹⁶ Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., pp. 62-63.

rio del alma de las naciones». ⁹⁷ Respecto de esta cita, importa destacar dos cuestiones. En primer lugar, es de hacer notar cómo el individualismo que matiza estas reflexiones tiñe incluso la idea de pueblo, al punto que

«el pueblo –antítesis de todos los partidos– no se cuenta por números. Está donde un solo hombre no se complica en el abellacamiento común; frente a las huestes domesticadas o fanáticas ese único hombre libre, él solo, es todo; Pueblo y Nación y Raza y Humanidad». ⁹⁸

Por otra parte, debe señalarse la tematización de la nación, un componente de creciente importancia en este período de la producción ingenieriana, tematización ahora vinculada con un proyecto de invención de una tradición cultural cuyo propósito es dar contenido a la noción de *argentinidad*. ⁹⁹ Para Ingenieros, «la patria está implícita en la solidaridad sentimental de una raza», ¹⁰⁰ lo que una vez más muestra la presión que ejercían ciertas ideas del espiritualismo sobre la atmósfera intelectual de su tiempo. Además, volviendo sobre sus convicciones antimaterialistas, recuerda que «no basta acumular riquezas para crear una patria: Cartago no lo fue». ¹⁰¹ Las alusiones a la realidad de la Argentina de su tiempo parecen obvias:

«Se rebaja el valor de este concepto (el de patria) cuando se lo aplica a países que carecen de unidad moral, más parecidos a factorías de logreros autóctonos o exóticos que a legiones de soñadores cuyo ideal parezca un arco tendido hacia un objetivo de dignificación común». ¹⁰²

Ingenieros desmarca sus ideas de nacionalidad de «la mentira patriótica explotada en todos los países por los mercaderes y militaristas», ¹⁰³ apuntando que sus concepciones se vinculan a la voluntad de un grupo de perseguir una perfección, sin que esto comporte la agresión a otras comunidades. Esto compagina con su intento de insertar su noción de patria en la filosofía humanista: «cada Patria es

⁹⁷ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 181.

⁹⁸ Ídem.

⁹⁹ Los resultados de esta tarea no diferirán, en líneas generales, de los obtenidos por los hombres del Centenario en su arqueo del pasado argentino. Tal empresa incluirá, además de la elaboración de *La evolución de las ideas argentinas* (1918), la creación simultánea de *La Revista de Filosofía* y la editorial *La Cultura Argentina* inmediatamente después del regreso de Ingenieros a Argentina. Ver Rossi, op. cit., pp. 64-65.

¹⁰⁰ Ingenieros, *El hombre...*, op. cit., p. 173.

¹⁰¹ Ídem, loc. cit.

¹⁰² Ídem, p. 174.

¹⁰³ Ídem, loc. cit. Hacia 1914 Ingenieros publicará en *Caras y caretas* su artículo «El suicidio de los bárbaros», en el que al par que se aleja de sus opiniones eurocéntricas condena el belicismo «bárbaro» de los países contendores, a los que reputa como «feudales». Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., pp. 73-74.

un elemento de la Humanidad; el anhelo de la dignificación nacional debe ser un aspecto de nuestra fe en la dignificación humana».¹⁰⁴

Los idealistas y la aristocracia del mérito

El hombre mediocre incorpora el problema de la nación a un sistema ético a través del puente trazado por la prosecución común de un ideal. Sin embargo, también se ha observado cómo el hombre superior es quien elabora las anticipaciones del porvenir, mediante la herramienta de su imaginación y la muleta de la experiencia. Y esto nos trae nuevamente a la cuestión del idealista y su clima.¹⁰⁵ Es menester precisar un poco más, antes de seguir avanzando, la naturaleza de los únicos tipos humanos capaces de forjar ideales: el talentoso y el genio.

En torno a la figura del individuo original y creador sobre la que se insiste en *El hombre mediocre*, Rossi ha señalado la identidad de este sujeto con el intelectual, que sería el único actor real del proceso histórico en la visión ingenieriana.¹⁰⁶ La hipótesis no es del todo exacta. En efecto, la condición de intelectual es relevante en el idealista, pero su reducción a aquella dimensión no le hace justicia al peso que tiene la calidad moral del individuo en el pensamiento de Ingenieros. La caracterización del sujeto portador del ideal recurrentemente es presentada como el producto de la conjunción de la moralidad y el saber. En principio, se reconoce que «el hombre más inteligente y más ilustrado puede ser el más bueno; «puede» serlo, aunque no siempre lo sea».¹⁰⁷ No obstante, a continuación se indica que «la moralidad es tan importante como la inteligencia en la composición global del carácter», y ello porque «la virtud es inconcebible en el imbécil y el ingenio es infecundo en el desvergonzado».¹⁰⁸ Este es el motivo por el cual Ingenieros manifiesta su comunión con el apotegma atribuido a Sócrates: «la Ciencia y la Virtud se confunden en una sola y misma resultante: la Sabiduría».¹⁰⁹ Un tercer elemento importante lo constituye el temperamento: la firmeza, la dignidad y el coraje son también componentes de la figura del idealista. En este sentido, el carácter es dependiente de las creencias, que son su soporte; pero para darles unidad, coordinación y correcta orientación siguen siendo necesarios la consistencia moral y el ingenio.¹¹⁰

Las cualidades del idealista no se reducen a las antedichas, sino que se cruzan con otras dos variables: la juventud y el elitismo.¹¹¹ Ya se ha destacado el paralelismo

¹⁰⁴ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 174.

¹⁰⁵ Rossi señala correctamente la circularidad de la lógica ingenieriana: «los ideales son el resultado de la experiencia, pero la especificidad de la experiencia, es decir, la nacionalidad, es a su vez resultado de los ideales que la conforman». Op. cit., p. 76.

¹⁰⁶ Ídem, p. 75.

¹⁰⁷ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 138.

¹⁰⁸ Ídem, loc. cit.

¹⁰⁹ Ídem, loc. cit.

¹¹⁰ Ver Ídem, pp. 142-144 y 151-153.

¹¹¹ Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., pp. 60-61.

mo existente entre la vejez y la mediocridad. Del mismo modo, los que aparecen en el idealismo ingenieriano como opuestos binarios de cada uno de estos términos también se correlacionan:

«Toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor sólo puede esperarse de ella: jamás de los enmohecidos y de los seniles. Y sólo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda; nunca los decrepitos de pocos años, prematuramente domesticados por las supersticiones del pasado (...). Y no se nace joven: hay que adquirir la juventud. Y sin un ideal no se la adquiere».¹¹²

La insistencia sobre la importancia de las cosas del espíritu por sobre lo biológico en el juvenilismo de Ingenieros se vuelve a hacer visible, con el agregado de la puesta en valor de lo adquirido, de lo cultural como instancia superadora de lo natural, que es lo dado. Y si el influjo de Rodó que se percibe en la estima hacia la juventud no debe ser desmentido, en el aristocratismo superhombrita de Ingenieros la presencia de Nietzsche es igualmente evidente. Aunque el registro elitista del *Ariely*, en general, del modernismo literario también nutren el individualismo de Ingenieros, la noción de «superhombre» proviene de las impresiones que —en años muy tempranos— el pensador alemán provocó en el autor de *El hombre mediocre*.¹¹³ Además de las recurrentes menciones que se encuentran en el texto que estamos analizando tanto de Nietzsche como de Stirner —otro referente del pensamiento aristocratizante de la época—, hacia 1919 Ingenieros recordará la influencia que el autor de *El anticristo* tuvo en su talante intelectual durante los primeros lustros del nuevo siglo. En efecto, aludiendo al *élan* nietzscheano de sus *Crónicas de viaje* (una compilación de artículos escritos para el diario *La Nación* que fueron publicados en forma de libro luego del regreso de su primera estadía en Europa entre 1905 y 1906) Ingenieros reconoce que se observan «algunos rastros de la única moda intelectual a que fui sensible en mi juventud»¹¹⁴

Sin embargo, como señala Damis, no conviene exagerar el parentesco intelectual de ambos autores. Por un lado, los conecta la correspondencia entre los semblantes del «último hombre» del que habla Zaratustra y del hombre mediocre que

¹¹² Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., pp. 91-92. No obstante, Ingenieros también parece valorar una etapa intermedia entre la juventud y la vejez. Así, vincula su idealismo experimental con aquél propio del estoico, por oposición al idealismo sentimental o romántico: mientras éste es inherente al joven que no concede nada a la realidad y se proyecta desembocadamente hacia el afuera, el primero está filtrado

por la madurez que brinda la experiencia y se interioriza. Ver pp. 92-97.

¹¹³ «Cada hombre posee un valor de contraste, si no lo tiene de afirmación; es un detalle necesario en la infinita evolución del protohombre al superhombre». Ídem, p. 106.

¹¹⁴ Citado por Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 66.

disecciona Ingenieros. Por otro, pese a la gran similitud entre el genio ingenieriano y el «superhombre» nietzscheano, la noción de la «voluntad de dominio» en eterno retorno presente en Nietzsche se distingue del evolucionismo de Ingenieros, en el cual la idea de solidaridad social tiene un papel.¹¹⁵

Recapitulando, los rostros del saber, la moralidad, el sólido temperamento, la juventud y el elitismo integran el cuerpo poliédrico de los idealistas. Pero mientras algunos de estos hombres superiores pueden ser considerados verdaderos creadores o renovadores de ideales, otros sólo pueden perfeccionar o practicar excelentemente las anticipaciones del porvenir generadas por aquéllos. Los primeros son genios y sus arquetipos son Domingo Faustino Sarmiento y Florentino Ameghino; los segundos son los llamados hombres de talento.¹¹⁶

En este sentido, cada momento histórico requiere formas distintas de la genialidad, cuyo carácter básico Ingenieros define por el peso relativo de las excelencias intelectuales, morales o de temperamento que el individuo posea. Es decir, un genio necesita de todos los aspectos enumerados más arriba para convertirse efectivamente en tal, pero uno de ellos es siempre vertebrador del resto de su personalidad específica. Genio, clima histórico y oportunidad se relacionan estrechamente: el hombre extraordinario sólo asciende a la genialidad si encuentra condiciones favorables de tiempo y lugar; el «secreto de la gloria» reside en que, en un ambiente propicio, coincidan el genio y la oportunidad que necesita de él.¹¹⁷

En definitiva, Ingenieros propone tres formas fundamentales de genialidad, cada una de las cuales resulta particularmente necesaria en otras tantas encrucijadas de la historia. De este modo, el modelo del héroe se corresponde con el «amanecer de los pueblos», cuando la lucha con la naturaleza hace indispensables la valentía y la fortaleza física. El santo o el apóstol son requeridos en circunstancias de profunda crisis de renovación moral, cuando la integridad se convierte en la virtud excluyente. Por fin, en las «civilizaciones plenas» el hombre extraordinario es aquél que es capaz de utilizar sus atributos intelectuales para desplazar más lejos las fronteras del conocimiento; es decir, el genio es ahora el sabio.¹¹⁸

Todo ello se integra en las concepciones de evolución y progreso del idealismo ingenieriano, en el cual

¹¹⁵ Ver Damis, op. cit., pp. 531-532. Como quedó dicho en la nota 42, el solidarismo exhibirá toda su fecundidad en las posteriores reflexiones éticas de Ingenieros. No obstante, aun en *El hombre mediocre*, el concepto se introduce al criticar la moral egoísta y retraída de aquellos incapaces de todo idealismo: «no pudiendo confiar en nadie, viven cegando las fuentes de su propio corazón: no sienten la raza, la patria, la clase, la fa-

milia, ni la amistad, aunque saben mentirlas para explotarlas mejor. Ajenos a todo y a todos, pierden el sentimiento de la solidaridad social, hasta caer en sórdidas caricaturas del egoísmo». Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., pp. 127-128.

¹¹⁶ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., pp. 139-141.

¹¹⁷ Ídem, pp. 140-141 y 189.

¹¹⁸ Ídem, pp. 140-141.

«Los caminos de la perfección son convergentes. Las formas infinitas del ideal son complementarias; jamás contradictorias, aunque lo parezcan. Si el ideal de la ciencia es la Verdad, de la moral el Bien y del arte la Belleza, formas preeminentes de toda excelcitud, no se concibe que puedan ser antagonistas».¹¹⁹

No debe creerse, empero, que el genio sólo procede mediante las operaciones típicas del cálculo racional: inspiración, pasión, corazonadas y una profunda fe dan pábulo a la acción del hombre extraordinario.¹²⁰

A partir de este mundo ético y social, Ingenieros levanta su utopía política cimentada en un sistema de legitimidad meritocrática sobre cuyo funcionamiento concreto no ofrece mayores detalles. No obstante, se encarga de deslindar su modelo tanto de las mediocracias de carácter democrático como de las aristocracias de casta y oligárquicas.

Seguramente Ingenieros no podía seguir a Rodó en su redescubrimiento de los valores hispano-cristianos, pero sí en las dudas sobre la expansión del igualitarismo y el ascenso de las masas. La propuesta se funda, en principio, en la recolocación de los teóricos de la democracia, a quienes se califica como «individualistas y partidarios de la selección natural: *persegulan la aristocracia del mérito contra los privilegios de castas*».¹²¹ En este esquema, las consignas igualitarias de aquéllos pasan a ser «un equívoco o una paradoja» que concluye en el rechazo de los derechos del hombre, en tanto que «la naturaleza se opone a toda nivelación, viendo en la igualdad la muerte».¹²² Parejamente nefastas resultan las oligarquías arribistas y las aristocracias hereditarias que invocan el derecho divino, cuya reivindicación constituye «la antítesis de la aristocracia natural».¹²³ En cualquier caso, «la historia se repite siempre: las masas y los idealistas son víctimas propiciatorias en esas disputas entre señores feudales y burgueses de levita».¹²⁴

En tanto que ni la «cuna dorada» ni la urna electoral dan aptitudes a quienes se benefician de la aplicación de tales principios de legitimidad, Ingenieros propugna la aristocracia natural, que se presenta cuando «el esfuerzo de las mentes más aptas converge a guiar los comunes destinos de la nación».¹²⁵ Sin embargo, no se aclara el procedimiento por el cual se seleccionaría a ese grupo de hombres providenciales. Apenas se formula un rápido catálogo de los provechos en que redundaría la estima del mérito individual:

¹¹⁹ Ídem, p. 89.

¹²⁰ Ídem, pp. 91-92, 139, 202.

¹²¹ Ídem, p. 186 (la cursiva es de Ingenieros).

¹²² Ídem, pp. 185-186.

¹²³ Ídem, p. 187.

¹²⁴ Ídem.

¹²⁵ Ídem, p. 188.

«Excluiría cualquier influencia numérica u oligárquica. No habría intereses creados. El voto anónimo tendría tan exiguo valor como el blasón fortuito. Los hombres se esforzarían por ser cada vez más desiguales entre sí, prefiriendo cualquier originalidad creadora a la más tradicional de las rutinas. Sería posible la selección natural y los méritos de cada uno aprovecharían a la sociedad entera (...). El privilegio se mediría por la eficacia de las aptitudes y se perdería con ellas».¹²⁶

Éste es el credo político del idealismo fundado en la experiencia: una aristocracia del mérito en la que la fórmula platónica del «rey-filósofo» –que aún sabiduría, valentía y templanza– parece resucitar. El sistema de control político oligárquico, entonces, sólo es criticado por no plegarse al arbitrio de las minorías ilustradas y virtuosas y entregar su implementación a facciones de mediocres.¹²⁷ En resumidas cuentas, el régimen meritocrático ingenieriano

«se opone a la democracia cuantitativa que busca la justicia en la igualdad: afirmando el privilegio a favor del mérito. Y a la aristocracia oligárquica, que asienta el privilegio en los intereses creados, se opone también: afirmando el mérito como base natural del privilegio. La aristocracia del mérito es el régimen ideal, frente a las dos mediocracias que ensombrecen la historia. Tiene su fórmula absoluta: *la justicia en la desigualdad*».¹²⁸

CONCLUSIONES

En la biografía de Ingenieros pueden percibirse, en principio, el juego de seducciones y mutuos desencuentros entre el poder y el saber.¹²⁹ Participante del proyecto reformador «desde arriba» hasta 1911, se encontró luego con una desinserción institucional que resultó disparadora de desplazamientos teóricos, ideológicos y políticos.

Como he tratado de demostrar a lo largo de este trabajo, el Ingenieros de *El hombre mediocre* ofrece elementos cuyo origen dista de poder ser asimilado sencillamente a un positivismo refugiado en sí mismo. La preocupación por el hombre moral derivó, llegado cierto momento de su trayectoria vital e intelectual, en la aparición de fisuras en su sistema y en el desarrollo de tendencias que habían permanecido contenidas durante su etapa afecta a la investigación psiquiátrica y criminológica. Así, al lado de y en tensión con categorías propias de una psicología

¹²⁶ Ídem.

¹²⁸ Ingenieros, *El hombre mediocre*, op. cit., p. 188.

¹²⁷ Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 68.

¹²⁹ Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 57.

gía y una sociología en estrecha relación con conceptos extraídos del repertorio de la biología, se yerguen núcleos reluctantes a ser reducidos a los dictados de aquel paradigma: el hombre superior como sujeto activo y creativo, la noción de ideal o la imaginación. Hasta tal punto llega este conflicto al interior del sistema ingenieriano, que el texto por momentos transita con paso oscilante entre el peso agobiante del principio de determinación biológica y social y la originalidad absoluta del individuo creador.¹³⁰

El resultado es una crítica de la moralidad de su tiempo,¹³¹ cuyo distanciamiento del discurso medicalizado de la etapa anterior se comparece con la dedicación a ciertos problemas filosóficos y éticos en los que no deja de percibirse su inquietud por las transformaciones políticas y sociales de la Argentina del nuevo siglo.¹³² Así, el edificio ingenieriano principia por la exposición de un idealismo ético fundado en la experiencia, para luego –sobre esos cimientos– construir una utopía social y política de rasgos no siempre precisamente delimitados. Por otra parte, la preocupación por lo nacional que encuentra un espacio en *El hombre mediocre* lo conducirá a entregarse desde los años centrales de la década del '10 a una «fiebre organizativa» de la cultura argentina.¹³³

El proceso de cambio en el pensamiento ingenieriano, que en *El hombre mediocre* está aún en ciernes, se volverá más enfático en los años subsiguientes. Y si la importancia teórica de la reflexión moral de Ingenieros será relativa, mucho mayor resultará su valor práctico y docente,¹³⁴ al punto que su eticismo se convertirá en estímulo movilizador de amplias capas de intelectuales de América Latina.¹³⁵ Pocos años después, sería difusor de la Revolución Rusa de 1917, inspirador y propagador de la Reforma Universitaria de 1918 (siendo elegido vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires), se conectaría con el grupo socialista de Felipe Carrillo en el marco de la Revolución Mexicana y promovería una internacional de los intelectuales latinoamericanos de vocación antiimperialista (que derivaría en la creación de la Unión Latinoamericana hacia 1925), además de continuar con su producción de escritor.

¹³⁰ Ver Rossi, op. cit., p. 75.

¹³¹ De esta manera integró el propio Ingenieros su ensayo *El hombre mediocre* en su saga de escritos éticos. Dice en su «Advertencia del autor» de *Las fuerzas morales*: «este libro completa la visión panorámica de una ética funcional. *El hombre mediocre* es una crítica de la moralidad; *Hacia una moral sin dogmas*, una teoría de la moralidad; *Las fuerzas morales*, una deontología de la moralidad. Prevalece en todo el concepto de un idealismo ético en función de la experiencia social, inconfun-

dible con los capciosos idealismos de la vieja metafísica». En la obra referida, Buenos Aires, Buro Editor, 1999 (1918-1923), p. 9.

¹³² Ver Gregorio Weinberg, «De las ideas filosóficas y éticas de José Ingenieros», en: José Ingenieros, *Obras Completas*, op. cit., t. VII, pp. 9-10.

¹³³ Ver Rossi, op. cit., p. 64; también la nota 99 del presente trabajo.

¹³⁴ Ver Weinberg, op. cit., p. 14.

¹³⁵ Ver Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 70.

Estos hechos apenas se comprenderían sin prestar atención a las transformaciones y la complejidad del pensamiento de Ingenieros. Su obra intentó tematizar problemas acuciantes de una sociedad que también se renovaba y en la que un grupo de hombres buscaba –en ese ambiente ya enrarecido de las primeras décadas del siglo XX– nuevas maneras de responder a dos interrogantes filosóficos primordiales que el mundo y la Argentina de aquellos tiempos parecían sugerirles: ¿cuál es el origen de las cosas?; ¿cuál es su sentido?

Registro bibliográfico

TORTORELLA, ROBERTO LUIS

«Las brechas del discurso. Positivismo y reforma moral en *El hombre mediocre* de José Ingenieros», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XV, N° 29, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2005 (pp. 109 -135).

Descriptores · Describers

Historia de las ideas / intelectuales / clima del Centenario / crisis del positivismo / reformismo moral

History of Ideas / Intellectuals / Centennial atmosphere / Crisis of Positivism / Moral reformism